

« modo esta quimera universal. Ella era la que  
 « daba lugar á la vanidad loca de tantos reyes y  
 « príncipes, que pretendian pasar por hijos de  
 « Júpiter. No menos han dado las demas nacio-  
 « nes de la tierra en estas visiones extrañas....  
 « Los Chinos esperan un *Phelo*, los Japoneses un  
 « *Peyrum* y un *Combadoxi*, los Siameses un *Som-*  
 « *monacodom*..... Todos los Americanos espera-  
 « ban de la parte de Oriente, que se podia llamar  
 « el polo de la esperanza de todas las naciones »,  
 « á los hijos del sol; y los Mejicanos en particu-  
 « lar esperaban á uno de sus antiguos reyes, que  
 « debia volver á verlos por el lado de la aurora,  
 « despues de haber dado vuelta al mundo. Final-  
 « mente, no ha habido pueblo alguno que no haya  
 « tenido su expectativa de esta especie ».

Voltaire confirma esta observacion, y sus pa-  
 labras merecen seriamente la atencion. « Era de  
 « tiempo inmemorial una máxima entre los In-

« ¿ Y qué habian dicho los profetas? *Ipsa erit, exspectatio Gen-*  
*tium*..... *Ecce vir, Oriens nomen ejus*. Genes. XLIX. 40. —  
 ZACHAR. VI, 42.

« *Recherches sur l'origine du despotisme orient.*, secc. X.  
 p. 116 y 117.

« dios y Chinos, que el Sabio vendria del Occi-  
 « dente. La Europa por el contrario decia que  
 « el Sabio vendria del Oriente. Todas las na-  
 « ciones han tenido siempre necesidad de un Sa-  
 « bio ».

« ¿ Y en qué se apoyaba esta expectaicon gene-  
 « ral? ¿ Nos lo enseñará la filosofia? Oigamos á  
 « Volney: « Las tradiciones sagradas y mitológicas  
 « de los tiempos anteriores habian extendido por  
 « toda el Asia la creencia de un *gran mediador*  
 « que debia venir, de un *Juez final*, de un *salva-*  
 « *dor futuro*, *rey*, *Dios conquistador y legislador*,  
 « que restableceria la edad de oro sobre la tier-  
 « ra, y libertaria á los hombres del imperio del  
 « mal ».

« *Additions à l'hist. génér.*, p. 45; ed. de 1765.

« *Las Ruinas, ó meditacion sobre las revoluciones de los*  
*imperios*. — Goelhe reconoce tambien que la *Redencion* ó el  
 « acto que levanta la criatura de su caída, quitándole las  
 « trabas del vicio, debia cumplirse por la *Divinidad misma*  
 « revestida de la forma humana. « Esta verdad grande », dice.  
 « esta verdad necesaria al género humano, se manifestó á todos  
 « los pueblos, en todos los tiempos y bajo mil formas diferentes.  
 « Tradiciones..... la tienen consagrada hasta en las fábulas y  
 « alegorias raras. Nos lo atestigua la historia de todas las reli-



A la verdad, que estos testimonios á nadie parecerán sospechosos. De este modo la verdad por todas partes se suscita testigos para confundir á aquellos que rehusan reconocerla, cualesquiera que sean su ceguedad y preocupaciones. Ella fuerza los *labios mentirosos* á tributarle homenajes, y al error á acusarse y condenarse á sí mismo. Pero admiremos el colmo, todo junto, del orgullo y de la insensatez. Filósofo, ¿es verdad que todos los pueblos han esperado un Reparador? — Si; nada hay que sea mas cierto en el mundo. — Ateo, ¿convenis en que todas las naciones han creído en la existencia de Dios? — Si; no es posible disputarlo. — Luego es necesario creer en este Dios y en este Reparador prometido. — No; estas son *quimeras universales*.

De este modo, el deísta y el ateo confiesan que no pueden renunciar á la religion sino renunciando

« giones, y tambien la de todas las doctrinas filosóficas. » *Mémoires de Goethe, trad. de Vallemant par M. Aubert de Vitry, tom. I, pág. 262 y 263.*

*Mentita est iniquitas sibi. Ps. XXVI, 12.*

« No parece que sea posible racionalmente suponer que haya un pueblo en la tierra, á quien sea totalmente extraña la nocion de alguna divinidad. » *Sist. de la natur., tom. II, cap. xiii.*

do á la razon universal, y rompiendo con el género humano. Es preciso, por decirlo así, que su espíritu salga del universo para negar á su Autor y Salvador; que se retire á yo no sé qué tinieblas para pronunciar en ellas la palabra del crimen; que vuelva á caer de abismo en abismo en el infierno que la inspiró.

Nos quedaria que probar la universalidad de la moral, que forma una parte esencial de la religion revelada primitivamente. Pero es tan evidente que todos los pueblos han tenido los mismos principios de justicia, que creemos inútil alegar los innumerables testimonios con que se podia demostrar esta incontestable verdad de hecho. « Todos los hombres, » como observa Platon, « confiesan que se debe ser bueno; y si se pregunta qué es ser bueno, nadie hay que no responda: Es ser justo, templado, invariable en la virtud, y así de lo demas. »

<sup>1</sup> Véase *Almetan. quæst. I. III, c. vii y sig.*

<sup>2</sup> Ψυχὴν ὅτι μὲν ἀγαθὴν δεῖ, ἐν γὰρ οὐκ ἔστι παντὶ τὸ ὄντων τρόπον ἀγαθὴν, ὅτι μὲν αὖ δίκαιον καὶ σώφρονον καὶ ἀνδρείον, καὶ τὰ ἄλλα. *Epinom. Oper., t. IX, p. 249.*



Jamas han sido negados los deberes y obligaciones sino por la razon filosófica. Es verdad que se ven en algunos pueblos usos que condena la moral universal, y nada hace ver mejor que la conciencia se forma por el ejemplo y la enseñanza: porque no se ve que estos pueblos sintiesen algun remordimiento al cometer actos que por otra parte, donde quiera, hubieran inspirado un horror profundo. Por lo demas, estos usos criminales, nacidos de un error local, ó prescriptos por un culto falso, no perjudicaban tampoco á la universalidad de la ley que los condenaba; porque ni el Geta, quitando la vida á sus padres avanzados en edad, para ahorrables los males de la vejez; ni el Asirio, prostituyendo su muger en el templo de la diosa Milita, pretendian por esto autorizar el asesinato y el adulterio; y los preceptos que en estas ocasiones quebrantaban, no eran menos para ellos, en cualesquiera otras circunstancias, la regla de sus obligaciones.

\* Procopio (*de Bell. goth.*, l. II, c. XIV), y Evagrio (l. IV, c. IX) atribuyen esta costumbre á los Herulos, y Voltaire (*Essai sur l'hist. génér. et les mœurs des nations*, t. I, c. XXXIII) á los antiguos Sarmatas.

La filosofia misma conviene en la universalidad de la ley moral. « Poned la vista, » dice Rousseau, « en todas las naciones del mundo, recorred las historias todas; en medio de tantos humanos y extravagantes cultos, en medio de esa portentosa diversidad de costumbres y caracteres, en todas partes encontraréis las mismas ideas de justicia y honestidad, en todos los mismos principios de moral, en todas las mismas nociones del bien y el mal. El antiguo paganismo fraguó dioses abominables que en la tierra, como facinerosos, hubieran sido castigados, y que no ofrecian otra imágen de la suprema felicidad que atrocidades que cometer y pasiones que saciar. Empero en vano descendia de la morada eterna armado de una autoridad sagrada el vicio; que el instinto moral lejos del corazon humano le repelia. Los que celebraban la disolucion de Júpiter, tributaban su admiracion á la continencia de Xenócrates; adoraba la casta Lucrecia á la impúdica Venus; sacrificaba al Pavor el Romano intrépido; invocaba al dios que mutiló á su padre, y, sin exhalar una queja, de mano del suyo recibia



« la muerte. Las divinidades mas despreciables  
 « fueron acatadas por los mas altos varones. Mas  
 « recia que la de los dioses, la voz sacrosanta  
 « de la naturaleza se hacia respetar en la tierra,  
 « y parecia que aprisionaba al delito con los cul-  
 « pados allá en los cielos.....

« Empero se suscitan por todas partes los cla-  
 « mores de los pretendidos sabios. . . Esta uni-  
 « versal y evidente concordancia de todas las na-  
 « ciones, son osados á desecharla; y contra la  
 « luminosa uniformidad que en los juicios de los  
 « hombres resplandece \*, van á buscar en las ti-  
 « nieblas algun obscuro ejemplo, de ellos solos  
 « conocido; como si aniquilara la depravacion de  
 « un pueblo todas las propensiones de la natura-  
 « leza, y como si, así que se encuentran mon-  
 « struos, nada fuera ya la especie. ¿ Empero de  
 « qué sirve al escéptico Montaigne el afan que se  
 « toma para desenterrar en un rincon de la tier-

\* Obsérvese como, combatiendo el error, se ve forzado Rous-  
 seau á recurrir á la regla inmutable de lo verdadero, oponiendo  
 al raciocinio y al testimonio de algunos insensatos, *la luminosa  
 uniformidad del juicio de ios hombres, la concordancia  
 universal de todas las naciones. — Tùm vére voces.*

« ra una costumbre á las nociones de justicia  
 « opuesta? ¿ De qué le sirve conceder á los mas  
 « sospechosos viageros una autoridad que niega  
 « á los autores mas fidedignos? ¿ Destruirán  
 « acaso algunos inciertos y estrambóticos estilos,  
 « en causas locales fundados, la general induc-  
 « cion que se saca del concurso de todos los pue-  
 « blos....? ; O Montaigne! tú que de ingenuidad  
 « y veracidad te alabas, sé sincero y verídico, si  
 « puede serlo un filósofo, y dime si se halla un  
 « pais en la tierra donde sea delito guardar fe,  
 « ser clemente, generoso, benéfico; donde sea  
 « despreciable el hombre de bien, y el pérfido  
 « acatado \* . »

Voltaire, en este punto, habla como Rousseau.  
 « En todas partes he visto que el padre y la ma-  
 « dre eran respetados, que se creian los hom-  
 « bres obligados á cumplir sus promesas, que se  
 « tenia compasion de los inocentes oprimidos....  
 « Los que piensan de diferente modo me pa-  
 « recen criaturas mal organizadas, monstruos  
 « como aquellos que nacen sin ojos y sin ma-

\* Emilio, lib. IV.



nos. Los ritos varían en todos los pueblos; la moral sola es la que no se cambia.

¡Ay! cuando el hombre obra el mal, no es porque ignore la ley que lo prohíbe. Una tradición invariable prescribe por todas partes las mismas obligaciones, prohíbe los mismos crímenes, despierta en la conciencia los mismos sentimientos. ¿Cuál es el corazón que, cuando ninguna pasión le transporta ni le ciega, no se arrebatada indignado al ver el espectáculo de la injusticia, y que no se siente atraído, embriagado por el encanto de la virtud? ¿En qué región no se conoce el dulce gozo de la inocencia y el suplicio secreto del remordimiento? Este hombre ha derramado sangre, ha despojado á la viuda, ha oprimido al huérfano; al punto oye en sí mismo una voz que le dice: ¡Tú ya no dormirás! Cierta cosa del infierno le devora interiormente; y, á la manera que en una noche tempestuosa, en medio de un mar iritado, se deja ver un fuego som-

<sup>1</sup> Diction. philosóf., art. *Necesario*. — Véase también *Essai sur l'hist. génér. et sur les mœurs des nations*, t. I, c. iv, p. 58, y c. cxx, t. III, p. 495; edic. de 1726.

<sup>2</sup> *Remarques sur l'hist. génér.*, p. 58; edic. de 1753.

brio sobre el bajel que va á perderse, así también sobre la frente tenebrosa de este culpable, en el fondo de su ojo inquieto y ardiente, se descubre con horror como la señal de una alma que se pierde, y el anuncio de un próximo naufragio.

Ved por el contrario la calma, la serenidad del hombre de bien, la paz inalterable de que goza. Por la dulce é interesante expresion de su rostro, por yo no sé qué de puro y dulce que anima sus miradas, parece uno de aquellos seres celestiales, que descendian á la tierra en los antiguos dias, para instruir á los mortales y consolarlos. Pero, sin recurrir á estos ejemplos raros de una virtud sublime que impone respeto al vicio mismo, se hallan en el órden comun bastantes pruebas del ascendiente que ejerce en todos lugares la ley moral sobre el corazón del hombre. ¿Quién no ha sentido alguna vez el alborozo que inspira la memoria de una buena acción, de un deber costoso que se ha cumplido triunfando de sí mismo? ¿Quién se arrepintió jamas de haber sido justo, misericordioso, casto, parco, de haber dado de comer á aquel que tenia hambre, y



de beber á aquel que tenia sed, vestido al que estaba desnudo? ¿Dónde se tiene por una cosa indiferente alimentar á su padre anciano ó ultrajarle? ¿En qué pueblo se honra á la muger adúltera con preferencia á la esposa fiel? No, cualquiera que sea el descaecimiento de las costumbres, en todas partes se admiten los mismos preceptos, y, como las verdades que Dios ha revelado primitivamente forman la razon del género humano, los mandamientos que ha promulgado forman su conciencia.

## CAPITULO VIII.

SIGUE LA MISMA MATERIA.

LA UNIVERSALIDAD de la religion primitiva es un hecho tan incontestable que todos los Padres antiguos, al anunciar el Evangelio á los paganos, para establecer la unidad de Dios, la obligacion de darle culto, la inmortalidad del alma, las pe-